

Algunos sientan que es bueno no hacer alto en estas cosas, que son como asombros del demonio, y que sólo tienen de malo el tormento que causan, pero el alma no padece detrimento, y queda confundido el enemigo cuando ve que le tenemos en poco y que nos reimos de sus tentaciones. Cayetano en su *Summa*, y otros graves Doctores, tratando de curar esta enfermedad, presentan algunos remedios. El mayor y mejor de todos es humillarse el hombre á Dios, orar de todo corazón y sujetarse al parecer ajeno; porque el mío es y ha sido siempre, que estas enfadosas y malditas sabandijas de los escrúpulos nacen de la soberbia. ¿Por ventura no es soberbia pretender el hombre andar tan al justo con Dios, y que pueda hacer sus obras tan perfectamente que no les falte ni una tilde? ¿Acaso no es desconfianza de su Divina Majestad creer que no considera esta nuestra fragilidad, y que somos polvo, y que forzosamente nos hemos de distraer y faltar en muchas cosas á su servicio, como dijo Santiago? ¿Y no es sentir mal de aquella bondad infinita, cuyos pensamientos todos son de paz y en nuestro provecho, suponer que está observando los acentos, las palabras y las muy pequeñas vacilaciones de nuestro entendimiento, y ofra multitud de niñerías, de que aun los muy justos no se vie-

ron libres? Sí, que escrito está: «si observáreis, Señor, nuestras maldades, ¿quién podría sufriros?» Deje el escrupuloso su parecer y siga el de su confesor y padre espiritual, y no estudie, como lo hacen muchos, la manera de replicar y resistir á éste, para nunca salir de infierno; que infierno es para él, pues padece sin cesar, y nunca merece premio, si no se humilla y acepta y emplea el remedio que su confesor le prescribe. Lo demas que acerca de este padecimiento pudiera decirte, quédese para los padres espirituales ó confesores, principalmente encargados de recetar las medicinas, con arreglo á la gravedad del mal y á la naturaleza de los enfermos. Por mi parte estoy cansado ya de hablar de este jayán y enemigo de nuestro sosiego, resolviéndome á dejarle y tratar brevemente de los que quedan, porque es ya tardé y casi hora de silencio.

DISCÍPULO. Algunos dicen que se pegan los escrúpulos, como enfermedad contagiosa.

MAESTRO. Hombres se han visto muy libres de este achaque, y los cuales, sin embargo, llegaron á hacerse muy escrupulosos por haber tratado con gente que lo eran.

DISCÍPULO. Libreme Dios de ellos.

MAESTRO. Pasemos á la solicitud temporal, que es el nono jayán que hasta por los

claustrós y oficinas interiores de algunas religiones ha querido entrarse, y ha convertido el cuidado del espíritu con que comenzaron y prosiguieron muchos años, en el temporal con que ahora viven, no sin pérdida grande de los convertidos. Y aunque en esto no considero yo que se llegue á pecado, hallo, cuando ménos, mucho de imperfecto; pues harto saben los varones espirituales á quienes me refiero, que la solicitud de las cosas de la tierra estorba á la que se debe á las del Cielo. Ya dijo la Eterna Verdad, que ninguno podía servir á dos señores sin hacer falta al uno de ellos.

DISCÍPULO. Nunca me molestó mucho ese enemigo, porque luego que Dios me abrió los ojos del alma, para que gozase algún tanto de su divina luz, se me fijó mucho en la mente lo que el Salvador dijo en su Evangelio, á saber: «Que buscando ante todo el Reino de Dios y su justicia, las demas cosas ya se me darían de añadidura».

MAESTRO. No prohíbe el Señor el trabajo provechoso, y el adquirir y granjear hacienda, especialmente en el siglo, antes lo alaba, y dice el Apóstol: «Que quien no trabajare, que no coma». Condena, empero, el exceso que hay en esto, y el empleo de todo el corazón en cosas de tan poca importancia, mien-

tras se olvidan las que valen tanto como las eternas. Es la solicitud temporal un enemigo que muchas veces nos despoja de la caridad y nos roba la devoción, exponiéndonos á infinitas tentaciones y asechanzas del demonio cuando es inútil y excesiva. Este enemigo se apodera de los afectos de nuestros sentidos y de la misma naturaleza, para que no pueda reinar en nosotros la divina gracia. Esta es quien persuade á los hombres de que sirviendo á Dios ha de faltarles el sustento, mientras que ofendiéndole les promete el remedio en sus necesidades, mediante su copiosa misericordia; es decir, el que niega lo temporal á la virtud y á la justicia, para conceder á los pecados lo eterno.

DISCÍPULO. No he comprendido la última razón.

MAESTRO. Digo que hay muchos que fian de Dios el perdón de sus culpas, pregonándole misericordioso cuando las cometen, y no fian del mismo el darles el sustento y comida de cada día si le sirven. Y es uno de los mayores desatinos á que puede llegar un hombre, el esperar de Dios, siendo enemigo suyo, lo que es más, y no lo que es ménos teniéndole por amigo y obligado con servicios y obras virtuosas. Si no, dime: ¿qué razón hay para que siendo un hombre pecador y malo,

presuma que Dios no le faltará en el perdón de sus culpas, y para que siendo bueno y justo, desconfie de que le ha de dar lo que concede á los moros, judíos y herejes, y áun á las aves del cielo y á las bestias de los campos.

DISCÍPULO. No se puede añadir á ese discurso cosa alguna.

MAESTRO. Ni á la materia de solitud, que conocidos son sus daños, y muy poca aceptación tiene entre los que se contentan con sólo Dios, como lo estaba aquella Santa que decía: «Yo para mi Amado y Él para mí, y no más mundo». Yo, por lo ménos, más me recelo del tedio ó cansancio en su servicio, de los cuales procede el descuido en la guarda del corazón, y una infinidad de pensamientos vanos y ociosos, que le ensucian y vuelven incapaz de toda devoción y sentimiento espiritual. Despiértate, pues, frecuentemente contra él á las cosas divinas, y pregúntate á menudo á qué viniste á la Religión, como lo hacía San Bernardo, y nunca gastes el tiempo en niñerías y cosas sin provecho, que ahí se engendra el tedio, ahí crece y ahí adquiere fuerzas. Algunas veces te sentirás enfadado y displicente, tan triste y sin consuelo, que á ninguna cosa volverás los ojos que no te enoje y cause tedio. Te parecerá que traes

á costas todo el mundo, y que nadie te mira con buenos ojos, y que no falta sino que te trague la tierra. Pero no desmayes, ni pierdas la esperanza de tu remedio en este tiempo; humíllate ante Dios y sufre sus manos, como dijo el Sabio, que en el ánimo humilde labran perfectísimas labores de virtudes y merecimientos. No hay artífice que en material vivo libre obra perfecta, porque resiste á las manos que le han de dar su perfección, como se ve en el brótano ó murta, que aunque con gran curiosidad dibuje el hortelano algunas figuras, en breve tiempo no queda rastro de lo que fueron, porque es material vivo, que con mucha prisa crece. Otra cosa es en el material muerto, como el yeso, la piedra y el madero, que sufren las manos de los artífices y reciben las figuras que en ellos labran, y las conservan para siempre. Tales nos quiere Dios para hacer en nosotros ricas labores y obras de sus manos: y entonces anda sobre tí cuando te parece que te tiene más olvidado. Desaparecerá esa nube que te atribula, y aparecerá el Sol de justicia, y con su vista graciosa te devolverá la alegría de tu corazón. Sufre, te digo otra vez, sus manos, y resignado en ellas, pide de corazón que se haga su voluntad en tiempo y en la eternidad. Y guárdate, después de esto, de la gula espiri-

tual, que es enemigo que apenas se conoce, ni nos recelamos de él, y son sus daños muy conocidos. De éste no diré nada, por haber dicho mucho en otras partes. Aunque será bien que aprendas una doctrina general, y será ésta: Que todos los dones, así naturales como sobrenaturales, no con otro fin se han de pedir á Dios, ni se ha de usar de ellos cuando se nos dieren, que para venir á mayor mortificación de todas las cosas, por medio de ellos, como por medio del cielo, y para con mayor fervor convertirnos y juntarnos á Dios. Los consuelos que los principiantes en la virtud gozan de ordinario, sírvales como de leche (que al fin son niños en el camino del Señor), para que con el gusto y suavidad de ellos olviden los deleites y regalos que les ofrecía el mundo, y vivan con estos mimos y relieves de la mesa de Dios, hasta que puedan comer pan con corteza, y tomar armas, y sufrir golpes de tentaciones y encuentros rícos de los demonios, enemigos declarados de nuestro bien. En el Antiguo Testamento mandaba Dios á los señores que diesen alimentos á sus siervos cuando los libertasen, y hasta que ellos pusiesen casa y pudieran mantenerse por sí mismos. Lo cual el piadosísimo Señor ejecuta también con los que liberta de nuevo de la esclavitud de los vicios, hasta

que reúnen algún caudal y pueden vivir por sí solos. Y el Redentor de los hombres, no quiso enviar sin comer á los que le siguieron por el desierto, para que no desfalleciesen en el camino y decayesen por falta de alimento en el bien comenzado.

DISCÍPULO. Al fin todas las cosas que de Dios recibimos ó podemos recibir, han de ir fundadas en la propia mortificación y abnegación, así del espíritu como de la naturaleza y bajo del altísimo beneplácito de Dios?

MAESTRO. Eso es lo que te digo y enseño, porque sin esas condiciones, ninguna otra cosa se puede presumir en las mayores riquezas del espíritu, que amor propio y particular interés, que es el veneno y corrupción de todas ellas.

DISCÍPULO. Ya no falta sino el último jayán.

MAESTRO. O sea el que llamamos especulación; contra el cual hallarás un divino documento en el final del Diálogo octavo: allí te remito, porque estoy cansadísimo y muy deseoso de callar por hoy. Y si más quisieres saber, lee el capítulo xiv de los *Triunfos*, que es el que enseña cómo se ha de cautivar el entendimiento y tener á raya la especulación, para que la voluntad goce y se emplee toda en Dios. Que no es razón que la señora esté

fuera, mientras la criada ocupa el mejor lugar de la casa y se lleva lo más y mejor del tiempo. Los que no especulan y tratan las Escrituras con intención de aprovechar en el conocimiento propio, aunque no para aprender á negarse y á unirse á Dios con ardientes deseos y afectos inflamados, salen, sin duda, del tal ejercicio soberbios, vanos, hinchados, amigos de sí mismos y llenos de su propio parecer: consumen las fuerzas y el ingenio en cosas de aire, y ellos mismos se son impedimento para que Dios les comunique sus verdaderos, sólidos y sabrosos bienes. Y no más, porque no pierda yo por hablar lo que ellos por especular. Adios, Deseoso.

-DISCÍPULO. El sea contigo y te guarde. Amén.

DISCÍPULO. Dios te salve, maestro mío.
MAESTRO. El mismo te sea salud siempre.

DISCÍPULO. ¿Y qué deseoso vengo hoy de oírte hablar acerca de aquel santo ejercicio que días pasados me indicabas, significándome que Dios te le había revelado?
MAESTRO. La revelación no me la reveló sino yo soy tan bueno como tú piensas, sino al Profeta Micheas, el cual, codicioso de saber qué sacrificio ofrecería al Señor que le fuese más aceptable, y para su alma de mayor pro-



DIÁLOGO OCTAVO.

DE LOS EJERCICIOS EN QUE SE HA DE OCUPAR EL CONTEMPLATIVO QUE YA DESCUBRIÓ EL REINO DE DIOS EN SU ALMA Y LE CONQUISTÓ.

§ I.

DISCÍPULO. Dios te salve, maestro mío.

MAESTRO. El mismo te sea salud sempiterna, hijo Deseoso.

DISCÍPULO. ¿Y qué deseoso vengo hoy de oírte hablar acerca de aquel santo ejercicio que días pasados me indicabas, significándome que Dios te le había revelado!

MAESTRO. La revelación no fué á mí, que no soy tan bueno como tú piensas, sino al Profeta Micheas, el cual, codicioso de saber qué sacrificio ofrecería al Señor que le fuese más aceptable, y para su alma de mayor pro-